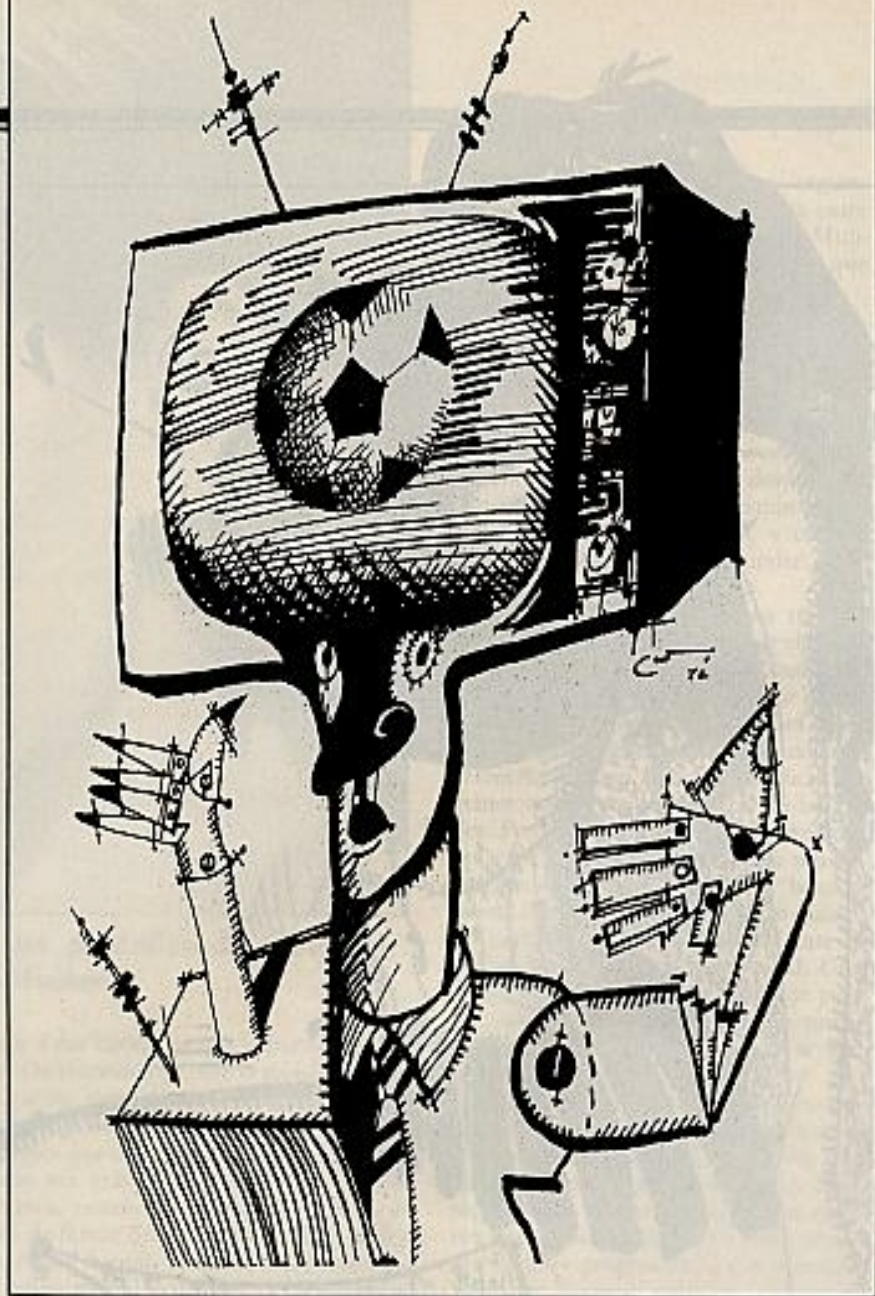


régimen aburrido en el que nunca pasa nada, una estampa de niños en el parque, aficionados en los estadios y domingueros en la sierra. Lo único que cabe esperar es que el mundial de fútbol pase rápidamente y que los responsables de su organización se sacudan el complejo de inferioridad, entreverado con gestos de nuevo rico y desechen la idea de montarlo como una horterada impecable. La gente está dispuesta a aguantar una vez más. La gente como uno sólo quiere algo medio decente: un vino español por aquí, un intercambio de camisetas por allá, cuatro tiros en el poste, los hoteles llenos, algunos balonzos rozando el larguero, los restaurantes con el negocio a tope, muchas zancadillas en el área y que España sea eliminada pronto para que no nos den la lata.

Demócrata, no huyas. Es mucho mejor contemplar los estadios rebosantes de público desde la salita de estar a través del televisor que ser tu mismo un componente derrotado por el equipo del 23 de febrero y ocupar la grada con un traje a rayas y gorrito de presidiario. De todas formas no hay escapatoria. Aunque estés en un refugio atómico o metas la cabeza debajo de la almohada, el balón te seguirá hasta el último escondrijo. Sal, no temas, da la cara. La democracia también es esto. Un mes pasa en seguida. Es mejor una panzada de goles que un golpe de Estado. Los golpistas también estarán pendientes del marcador. Y al menos durante el mundial te dejarán tranquilo. ■



# EL FUTBOL COMO TEATRO

IGNACIO DE LA VARA

**A**L fútbol se le ha puesto un marco: ya es una representación. El burgués del XIX convertía los teatros en su propia casa: sillones, terciopelos y dorados, un lustre, criados de librea. Su casa a la que abría una ventana, una embocadura; cuando se levantaba el telón, veía otra casa, otros sillones, otros terciopelos y púrpuras; y otra vez él, su amigo o su enemigo, representando la vida. O quizá un sueño, una aventura, un imposible. Ahora es su propia casa la que se convierte en

teatro: ha llevado a ella el escenario. Un marco con un telón vidriado, opaco. Invita, los días de gran partido, a sus amigos. Es una *loge* privilegiada, con whisky y emparedados —que llama sandwiches— de Mallorca o de Embassy, ceniceros bien dispuestos y cajas abiertas de cigarrillos. Desaparece el telón, y el fútbol queda correctamente enmarcado, limitado. Ha perdido su borrascosa libertad, sus ramalazos de frío o de calor cuando lo hace, su comunión con la masa, el berrido prolongado de los aficionados





pirados. Queda domesticado. La enorme sabiduría de los camarógrafos —tan excelentes, en España, cuando lo que fotografían les gusta, lo entienden y participan— reduce a la dimensión lógica del salón lo silvestre y enorme del fútbol: encuadra grupos, gestos, actitudes, movimientos. Los sujeta al escenario. Ya es un teatro.

Hay una pugna dramática clásica en este escenario: hay un protagonista, hay un antagonista. Como en Sófocles, como en Eurípides. Cuando en el escenario aparece un sector de público —defraudado, colérico, delirante, despectivo, aburrido, interesado...— estamos viendo el coro. Ves-

tido de negro, austero y distante, el representante de los dioses: el árbitro. Como el rayo de Júpiter, salen de su bolsillo tarjetas de colores; como el trueno del Olimpo, se escucha su silbato. Como en la antigua tragedia, el hombre protesta de la inflexibilidad de los dioses, y el coro secunda o rechaza su protesta. Igual que la aparición de la electricidad y la utilización de los focos permitieron que el actor añadiese a la actitud el gesto, la mueca, la aparición de la cámara y el marco refuerza la interpretación del futbolista. Ya no es una figurilla perdida e insignificante vista desde la lejanía de las gradas. Ahora se ve en

primer plano su gesto de dolor, y se sabe si la lesión es fingida o real. Se distingue con finura óptica el ballet del éxito, los abrazos y cabriolas de los autores y coautores del gol; la humillación del portero burlado. El sudor y las lágrimas o las carcajadas del entrenador en su banquillo.

La acción se va desarrollando. Como en el buen teatro, poco a poco se va acercando el final: el espectador listo lo prevé. Puede haber un climax, una sorpresa. Hay siempre una improvisación y, por lo tanto, un imprevisto. Algo que siempre ha buscado el teatro. Lo consiguió una vez en su historia, con la «commedia dell'arte», y lo perdió luego. En escuelas de arte dramático hay clases de improvisación: se enseña a improvisar, tratando de vencer una contradicción. En el fútbol se trata de invertir el término: los estrategas de la caseta y de la concentración con encerrado y abstención sexual tratan de anular el *fatum*, el azar sospechoso, y encerrarlo en normas y leyes. Es otro imposible; y de la dialéctica de ese imposible (estrategia y azar) va saliendo la teatralidad del fútbol, su posible grandeza, su inquietante humanismo.

El espectador doméstico lo contempla con esa contemplación expectante que se tiene en el teatro; donde se participa y al mismo tiempo no se participa, se puede obtener la distancia. Entre un trago largo de Chivas y el sabor de la finísima trancha de *saumon fumé* dentro de la geometría exacta del pan negro. Tiene su mejor teatro en su mejor casa.

Lo que le faltaba a este fútbol enmarcado para ser teatro lo tiene ya: la voz. El locutor y sus comentaristas contratados van subrayando lo que se ve. Hay exquisitos que quitan el sonido del televisor y ponen, en su lugar, el de la radio que transmite el mismo partido, donde uno de los grandes hombres de la retransmisión sin imagen ofrecen mucho más texto. Más exquisitos aún que lo graban en su video para repetirse a sí mismos el placer: son ya, ellos mismos, directores de escena, capaces de *ensayar* como se hace con los actores: descomponer la acción en «cuadro a cuadro», pasar escenas a gran velocidad, o al contrario con lentitud. Fijar las imágenes en un solo momento suspendido. Formas de matizar el trío de exposición, nudo y desenlace; formas de contener la unidad de acción, de tiempo y de lugar. Y así el fútbol se ha hecho teatro. ■